

Felicia! No, Marta sólo habría dicho:—; Ambos felices!

La joven intercesora quedó vencida; pero interiormente se irguió la convicción dolorosa de que el hombre no sabe respetar la debilidad femenina o no sabe comprender cuánto amor, cuánto sacrificio y cuánta abnegación caben en el alma de una mujer, que no ha habido hombre que los merezca. Y ella, antes que cantar a los cuatro puntos cardinales un amor sin correspondencia, para que en agua de rosas se bañe un presumido, se mordería los labios y se agostaría en su propia pesadumbre, muda y sola como un muro de antiguo cementerio.

IV

—Mamá, usted no ha dicho palabra acerca de las reconvenciones que Marta me hace, y eso que la he visto oído atento. ¿Verdad que usted no cree que sea yo tan malo como me pintan? Preguntó Luis cariñosamente y buscando apoyo en la que le dió el sér.

—Nada he dicho, ciertamente, hijo. No me pareció oportuno intervenir, porque gozaba oyéndoles. Marta estuvo bien; pero tú tienes razón. Sobre todo, que no debes pensar en casarte, eres muy joven aún, y no cuentas con recursos pecuniarios para dar ese paso, el más serio en la vida de un hombre o de una mujer. Compadezco de corazón a Felicia y le deseo conformidad, que las distracciones y el olvido le devuelvan pronto la calma.

Sentáronse luego a la mesa y sirvieron la sopa. Se habló de Carlos durante la comida. Marta continuaba sumida en sus reflexiones y apenas pronunció monosílabos; hasta que, pasados los postres, y mientras le servían rico café negro, Luis dijo:

—Martilla, has enmudecido. ¿Te has disgustado? Yo te contentaré: en cuanto veas la carta te aseguro que pondrás otro semblante y te reconciliarás conmigo.

—¿Reconciliarme...? ¿Acaso te han ofendido mis palabras?

—Por tu acaloramiento parecías enojada.

—No, Luis, lo que sucede es que Felicia por un lado y por el otro tú han traído a mi mente las alternativas y contrariedades de este mundo. Cuando se oyen contar hacen muy distinta impresión de cuando se es la víctima, o una palpa los males en su propia casa e irremisiblemente los soporta.

—Bueno, hijos, basta; interrumpió la señora con energía. Terminen esa cuestión y vamos a leer la carta.

Callaron en seguida los hermanos, respetuosamente, y Luis, atendiendo la orden pasó a otras cosas, registró su cartera y extrajo la epístola, la desdobló ceremoniosamente y leyó:

Querido Luis:

Primero que todo excúsame por no haber contestado tus dos últimas, tan afectuosas y merecedoras de la mayor atención. No a olvido, menos a indiferencia incalificable atribuyas el retraso, que bien te consta el señalado lugar que tienes entre mis pocas amistades, y la adhesión a tu familia, bien probada en ocasiones diversas; atribúyelo a mis ocupaciones: he tenido exceso de trabajo y he estado apuradísimo por el afán de encontrarme al lado de ustedes a fines del año. Comprenderás que por entero debía dedicarme a mis quehaceres sin perder un minuto. Mis empresas han salido a pedir de boca, mis cálculos no fracasaron, y estoy satisfecho. Aguardo la realización de otros proyectos; pero esos, si cuajan será en Costa Rica. Hace tiempo que no me escribes nada de Marta, la sin par. Antes no había carta en la que no me dijese algo de su vida, en su elogio, y también de esos amores que ella cultiva, que no te gustan, ni a mí. No le digas esa opinión, guárdame el secreto, no vaya a imaginarse que son celos, que en verdad, como siempre le he demostrado mi predilección, habrá motivo más que justificado para ello.

Marta es muy hermosa, muy bue-